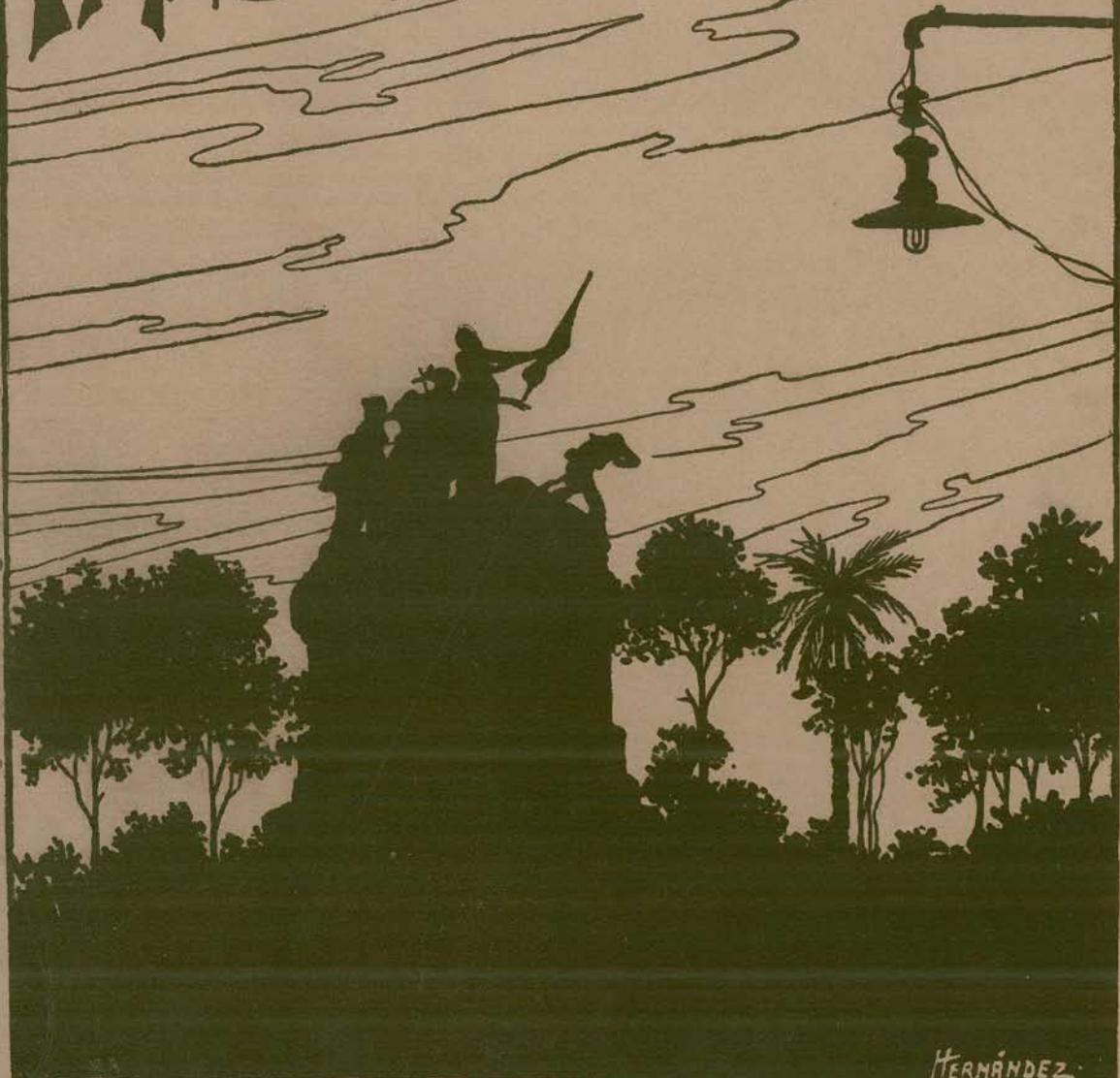


Ernesto Castagnaro

PANDEMONIUM=



“MONUMENTO NACIONAL”

HERNÁNDEZ

AÑO·X

15·NOVIEMBRE·1915

NÚMERO 146

25 cts.

SAN JOSE, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PANDEMÓNIUM

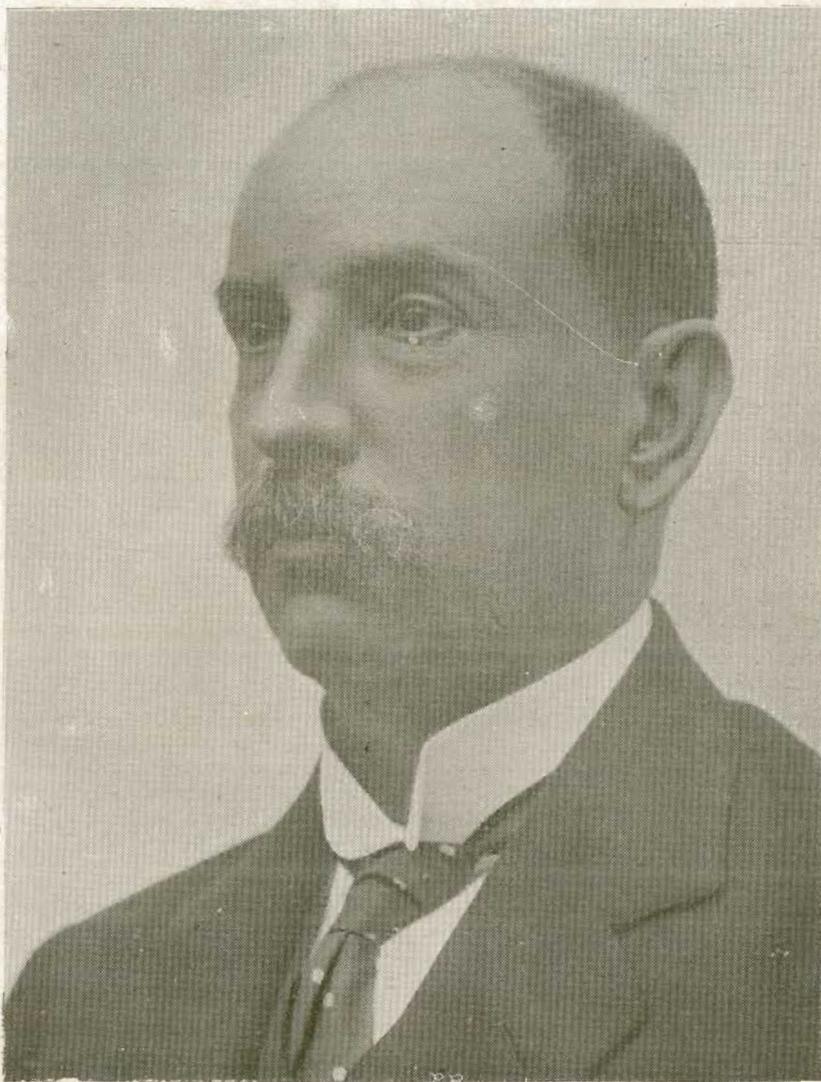
REVISTA ILUSTRADA
LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS

DIRECTOR:
RAMÓN DE PEÓN

AÑO X

15 DE NOVIEMBRE DE 1915

NÚM. 146



SR. LIC. DON RICARDO JIMÉNEZ ÓREAMUNO,

Ex-Presidente de la República, cuyo nombre ha vuelto a tener actualidad política con motivo de su controversia con los ex-Presidentes don Rafael Yglesias y el doctor don Carlos Durán.

SUMARIO:

TEXTO

Actualidad política.....		La pesca milagrosa, por	RAMÓN DE PEÓN
Fragmento de un poema, por.....	L. A. AGURTO M.	Elegía risueña, por	MANUEL BRICEÑO
La diplomacia del señor Alcalde, por	CAMILO CRUZ S.	Las dos Monjas, por	J. A. PRADA
Tu grandeza, por	VICENTE LOALZA M.	Cantares, por	J. G. F.
Si mi juventud volviera, por	J. GARCÍA VELA	En Marruecos, por	MANUEL TORRES
Artaxia, por	JENARO VALVERDE	De la Guerra Europea.....	
La visita, por.....	LUIS MALDONADO	Para su nombre, por.....	P. DE DIGNAUD
El cuento de la buena pipa, por.....	JOSÉ DE LASERNA	Desde la Torre del Recuerdo, por.....	M. ANGEL SILVA
Para las damas, por.....	M.	Miscelánea.....	
Anhelos, por	M. DE SANDOVAL	Ecuador.....	
De Roxana a Carmen, por.....	ROXANA D'AMIE	Los negocios en el juego.....	
En el Harem, por	ROGELIO SOTELA	La sociedad humana, por	FORÉTER

GRABADOS

Señor Licenciado don Ricardo Jiménez.—La Visita.
—Señorita Elenita Rodríguez Villarreal.—En el Harem.
—Casa de Juana de Arco, en Reims (Francia).—Los cafés
morunos.—Restaurant Electoral.—Señorita Mercedes
Valladares.—Un Tribunal en China.—La moda.—Artistas
en el Teatro Real de Siam.

Actualidad política

Aunque PANDEMONIUM es una revista exclusivamente literaria, publicamos a continuación unos fragmentos del primer artículo del señor Licenciado Jiménez, por tratarse de un asunto de actualidad y de palpitante interés para la política nacional.

"Lo del 28 de Abril"

«Prometí libertad electoral, y los costarricenses ni han tenido ni tendrán una mayor. Prometí que sería Presidente aquel a quien designara la mayoría del Congreso; y puse mi voluntad y la fuerza pública bajo la voluntad de esa mayoría, voluntad que se creó y se produjo sin el concurso de la mía. No me movieron ni amistades, ni odios, que no tengo; ni ventajas personales. No hice pactos escritos o verbales con el señor González. Cuanto le pedí fue que a los militares en quienes él, sin razón, no quería depositar su confianza, proporcionara puestos, ya que no en las guarniciones, en servicios administrativos, pues lo merecían por su comportamiento, muy superior al de las otras clases políticas del país».

«Si el señor Yglesias hubiera tenido votos, Presidente habría sido. Para su propia disculpa, para su renombre en las Repúblicas hermanas, para su prestigio entre sus partidarios, claro es que es muy propicia la actitud que asume de nuevo Prometeo, encadenado a la roca, por el poder orgulloso e incontrastable de Júpiter. Esa postura es trágica y hermosa, pero falsa. Aquí no hubo ni Prometeo ni Júpiter. Las causas de su derrota fueron bien simples y prosaicas: fracasó porque los duranistas no lo perdonaron y porque los fernandistas o un grupo de ellos, o no entraron en su red o se escaparon a través de las mallas. Por mi parte, ni puse ni quité rey; ni siquiera presencié la contienda como el escudero de Don Pedro. Cuando los diputados llegaron a mi casa en solicitud de garantías, su venida misma significaba que ya la candidatura del señor Yglesias pertenecía a la condición de las cosas idas. No había más cosa que hacer que sentar la partida de defunción.

Ricardo Jiménez"

Fragmento de un poema

De mi libro inédito "Cielo y Tierra"

Hoy como nunca la memoria mía
se aferra con delirio a tu memoria,
y sueña con tu amor mi fantasía,
y escribe el desengaño nuestra historia;

Nuestra historia tan triste y tan amante,
perfumada con lirios y azucenas
del huerto del Amor, suave y fragante,
con la dulce tristeza de mis penas.

Soplaron vendabales de improviso,
y la flor del Ensueño ya marchita,
te fuiste para siempre virgencita,
porque mi negra ingratitud lo quiso.

Y me dejaste solo... y he llorado
tanto desde aquel día en que te fuiste,
que la fuente del llanto se ha secado,
mientras voy a la tumba mudo y triste,

Mientras sufro y medito en la miseria
de la negra tristeza que me abate,
mientras me inclino como flor de historia,
mientras voy derrotado en el combate;

Mientras la muerte con su mano tosca,
posada aquí en mi frente, con ternura
clava su cuenca sepulcral y oscura
sobre mis ojos, donde muere el día.

Y vivo así, sombrío, taciturno,
el pensamiento, como un ave, errante,
como un enfermo pájaro nocturno,
con pluma negra y pecho de diamante.

Y no quedo en la tierra, siempre vuelo,
siempre surco en mis ansias el espacio,
porque tengo mi nido allá en el Cielo,
en la cúpula azul de su palacio.

Para cruzar como un ladrón su estancia,
porque siempre vigilo y no me duermo,
y el suave néctar de su amor escancio,
para curar mi corazón enfermo

.

Luis A. Aguirre M.

La diplomacia del señor Alcalde

Aquel funcionario prócer del departamento de justicia, empedernido solterón, mujeriego apaciguado, con aire un poco socarrón y ladino tiró la carta sobre el escritorio.

—Tiene gracia!—prorrumpió, volviéndose hacia su viejo amigo Augusto Vázquez.

—Qué te regocija tanto?—inquirió éste.—Acaso una denuncia por el rapto de alguna antigua horizontal retirada de los negocios, cuya segunda honestidad ha sido violada?... A ver, sepamos qué novedad es esa?

—Lée esa carta.

Augusto empezó a descifrar los garrapatos, con ánimo prevenido y ojo avizor. A veces fruncía el ceño al tropezar con una concordancia vizcaína; otras hacía una mueca de protesta contra algún eufemismo bárbaro, o alguna torpe precaución epistolar solapada en la postdata.

—Magnífico!—exclamó al concluir.

—Conque cien pesos para endomingar la prole con motivo de la próxima jira de Su Ilustrísima que va a confirmar las ovejas de la sierra. Agreguemos una jornadita de diez leguas a caballo, para convertirse en compadre de ñor Esteban y de ña Gertrudis... No me parece mal, a fe.

—Qué quieres tú.

—Diablo, y qué vas a contestar?

—Les enviaré un giro postal, e iré.

—Eres turco, y no te creo...

—Te será fácil convencerte.

—Que Aláh no eche tu piedad a mala parte, varón magnánimo—concluyó el amigo Vázquez, y dióse a reír como un paleta.

* * *

Escarpada y áspera es la carretera, atajo más bien, que partiendo desde la ciudad, a poco empieza a empinarse y a quebrarse en violentos zigzags que azotan los flancos de las sierras, de-

jándoles cicatrices pardas o rojizas que divísanse a lo lejos sobre el fondo verdeoscuro de la montaña; de la montaña abrupta que defiende bravamente su virginidad, y que sólo se entrega al intruso caminante, tras larga y dura brega, allá, muy arriba, casi en la cumbre, en la meseta angosta y desigual en que se asienta el caserío.

Encomienda de indios hace tres centurias, la villa no conserva ninguna huella étnica del tiempo de la conquista, tal traza diéronse sus primitivos colonizadores para amedrentar al elemento aborígen. Gracias a aquellas gentes de hierro no quedan por allí más que hombres blancos, macizos y coloradotes, sin la herencia híbrida de caribes o africanos, y de sangre tan pura, y acaso más vigorosa y rica que la de aquellos emigrantes de Lugo o Pontevedra, venidos en los galeones desde el recio país gallego, y cuyos biznietos muestran la misma sana y positiva belleza en las mozas y en los varones el mismo arraigo a la tierra.

Sobrios, apegados a lo suyo, llenos de buen sentido, crédulos, aunque no exentos de malicia, medran paulatina, pero seguramente, y algunos revelan prematuros avances de espíritu, amplitudes imprevistas, y hasta suele encontrarse entre ellos uno que otro pillastre redomado bajo su inofensivo continente de gañán burdo y desabrido,

Tal fué el rústico tinglado en que tocóle hacer las primeras proezas amoratorias a nuestro héroe; por aquellos riscos se inició en la árdua quiromancia de dar a cada cual lo suyo. Dos o tres años vegetó allí como alcalde, señor de vara y protocolo.

El recuerdo de aquella época tan ida trájole a mientes la pintoresca epístola cuya lectura no satisfizo, sino que antes avivó las sospechas de Augusto Vázquez, quien púsose a cavilar que entre aquellas tortuosas líneas se

escondía alguna picante aventura, algún desaguisado de su amigo, como entre la maraña de un contrato suele embozarse un latrocinio.

* * *

—Pues sí, iré—reanudó tras breve pausa el benemérito magistrado, jugando con el pliegucillo de papel entre los dedos, doblándolo, estirándolo, enrollándolo ya en forma de cartucho, ya en la de cucurucho, en la que fué lanzado como cónico proyectil dentro de una gaveta.

—Vas porque quieres, o porque debes ir?



—Debo y quiero: mira que son raras las veces en que el deber va del brazo de nuestro deseo.

—Bravo deber. Habla.

—Bien, mandaré la blanca, e iré a apadrinar a uno de los rapaces, porque has de saber que los «primogénitos» de Esteban y Gertrudis son hijos míos.

—Acabáramos! Pero, oye, creo que dijiste «primogénitos»?

—Sí, son gemelos.

—Conque, gemelos, así, para principiar...

—Aquí los tienes, hombre—tirabuzón, e incorporándose sacó de un secreter una fotografía.

Augusto la tomó, miróla de derecho y de revés, leyendo en voz alta la dedicatoria:

«Recuerdo al señor Alcalde don Manuel.—Lolo y Melico». Había una fecha.

—No menudean los pendolistas en esta respetable familia—observó Vázquez al concluir de descifrar los jero-glíficos. Luego añadió:

—Uno de los muchachos se parece mucho a tí; es natural.

—Son guapos; verdad? Como que su madre era bellísima. A los diecisiete era la moza más garrida del poblado. Una trigueña dorada, llenita y con los ojos azules, caprichos de la naturaleza por esas tierras altas.

Al calorcillo de la añoranza paternal se desbordó la confidencia:

—Estuve por allá hace trece o catorce años. Una diligencia judicial me llevó a casa de su madre,—ña Trina, bastante apartada del caserío. Se trataba de un juicio de sucesión, asunto claro y fácil, y la viuda, una viuda remozada y apetecible aun, y yo, no tardamos en entendernos.

Juzgo inútil prevenirte que entre aquellos montañeses la línea más corta para llegar a la hija, pasa por la madre. Es la costumbre, y es preciso acatarla, si se quiere evitar retrasos y contratiempos. Para mí la viuda fué, pues, un ameno compás de espera. A la sazón la puse en quieta y pacífica posesión de la herencia de su difunto consorte.

Esteban cortejaba a Gertrudis desde hacía meses; el noviazgo iba para largo, sin que ella le hubiese tomado ley, ni el mozo revelase urgencia. Era desgarrado y tímido, así como despabilada la doncella, y yo, seguro ya de su simpatía y de la neutralidad benévola de la madre, me puse decididamente en campaña, inicié la ofensiva, y una noche, sin encontrar mayores resistencias, ocupé la plaza por sorpresa.

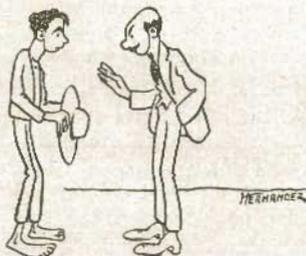
Todo hubiera salido a maravilla, si aquel campestre idilio no hubiera tenido consecuencias, que no por naturales dejaron de alarmar a Gertrudis, quien me enteró de todo en el primer domingo que bajó a misa. Había que evitar el pequeño escándalo, pues la muchacha era de mucho viso en el lugar para que la cosa pudiera pasar inadvertida,—enderezando sin demora el entuerto.

En la primera ocasión llamé a capítulo a Esteban:

—¿Cuándo piensas casarte? le estás

haciendo perder tiempo a Gertrudis. Ya en la villa se comienza a murmurar y ña Trina me ha recomendado que te hable; que te diga que, o te casas, o te retiras.

El mozo me escuchaba en silencio, cabizbajo, con el sombrero de pita entre las manos.



—Pues yo, a la verdá, como querela la quiero, y pensaba hacer la boda pa la semana de pascua; pero es que entoavía no he ajustao...

—¿Cuánto tienes?

—Una onza, y el señor cura me pide dos...

—¿Tendrías con cincuenta pesos?

—Así sí.

—Bueno, te los voy a prestar para la boda; pero eso sí, me los pagas ¿eh? Pasa mañana por mi oficina y me firmas un pagaré. Es entendido que te

casas cuanto antes. Descuida lo demás, que yo le hablaré al párroco.

—Como usted disponga, y Dios se lo pague, señor Alcalde.

El programa se cumplió al pie de la letra.

A Esteban lo perdí de vista por algún tiempo. Gertrudis quedó muy reconocida a mi diplomacia y siguió dándome pruebas de su cariño.

Siete u ocho meses después nacieron los gemelos.

—El imbécil del marido se lo tragó todo!—intervino con regocijado exabrupto Augusto Vázquez;—no hay como estos «labriegos sencillos» del Himno...

—Eso crees tú; el muy taimado olvidó completamente el préstamo, y cada vez que los niños enfermaban, venía a mi casa, mohino y cariacontecido, a pedirme dinero para médico y medicinas. Ahora se trata de confirmarlos en la Fe.

—Y tú, como no eres un hombre desnaturalizado, no puedes negar nada al padre de tus hijos...

—Lo has dicho.

—Pero, sabes que ese Esteban es un... sinvergüenza.

—No exageres, hombre, un *civilizado*, como decimos ahora...

Camilo Cruz Santos

Tu grandeza

¡Cómo te encrespas! y grande te levantas
cuando te azota el huracán airado
en tumbos furibundos te agigantas
y apareces de espuma coronado

Tremendo choque de terribles iras
mueven tus aguas cuando estalla el trueno;
y en tus furores, indomable, giras
si llega el rayo a castigar tu seno.

Tú eres eterno, inmenso, y poderoso,
y te arrullas potente y majestuoso,
tú! las furias del cielo desafías!...

Quién! ¿Quién te iguala? —El hombre— ¡no! mentira!
si el hombre, ¡el rey!... al batallar expira
y débil muere en los brumosos días...

Vicente Soaiza M.

Si mi juventud volviera

Primavera que das rosas
en el jardín señorial,
rosas frescas y armoniosas
con reflejo de cristal,

rosas que parecen llamas
de mejillas ruborosas,
dame algo de lo que amas
y ponme junto a tus rosas.

Este jardín señorial,
viejo y sombrío, comprende
que con tu luz pastoral
algo en su pecho se enciende;

tal como un viejo sensual
que besa una niña y siente
el dolor primaveral
de todo su seno ardiente.

Pastora de la fragancia
campestre, yo te diría
que eres la rosa de Fiancia
y el clavel de Andalucía.

Apártame de los sabios
de las grises bibliotecas
y ven a poner tus labios
en estas mis rosas secas,
secas de melancolía,
de frío, de pensamiento,
en esta juventud mía
que fué una pluma en el viento.

Primavera que das rosas
en el jardín señorial
ponme frente a las hermosas
niñas de voz pastoral;

las niñas que dan un coro
sonoro de alma y de risa;
niñas de cabello de oro
suavizada por la brisa;
niñas de claros vestidos,
y de pupilas celestes;
niñas tibias como nidos,
suaves, rosadas y agrestes

Primavera, Primavera,
hoy a tus puertas llamé
al verlas en la pradera:
¡yo que nunca las amé!

Dame rosas, dame rosas
para coronar la frente
de estas niñas armoniosas
y claras como una fuente.

Dime sus nombres brillantes,
brillantes nombres risueños,
y cómo son los amantes
que ellas han visto en sus sueños.

Dime cómo es la caricia
de sus manos; dime cuando
darán sus besos, delicia
que el sol está proclamando.

Dulcísima Primavera,
princesa de las campiñas,
si mi juventud volviera
diera mi amor a estas niñas.

Aquella mi edad primera
la arrebató un vendabal.
...Pon tus rosas, primavera,
en el jardín señorial.

J. García Vela

Oviedo (España).

Ataxia

El morbo del hastío ya medra en mis excesos:

Ningún opio posible me logra involucrar
su engaño artificioso. No quiero ya los besos,
ni espasmos, ni alegrías que brinda el lupanar.

¿Comprendes, pues? no quiero que turbes mi saviosos
recuerdos con tus risas. Me choca ya el mirar
ingenuo de tus ojos. Pueril eres, como esos
motivos exotéricos de vales de Lehar.

Clorótica Julieta: Traseiga ya al olvido
aquél amor pretérito. ¿No ves que soy tu estorbo
con la mortal ataxia que ogaño me ha rendido?

Fué culpa de mi empeño de ser siempre al revés...
Es un licor la Vida: tú bebes sorbo a sorbo
y yo, más insaciable, bebí una sólo vez.

Jenaro Valverde E.

Costa Rica, 1915.



La Visita

Por Luis Maldonado

Por la calle abajo, con su báculo de encina, su sombrero ancho y su gabán pardo desabrochado, va don Anselmo, el médico de Ventosina, a quien saludaban cariñosamente las mujeres de las solanas y los chicos que juegan en el arroyo.

Don Anselmo es hombre verdaderamente popular; quiero decir, hombre identificado con el pueblo, salido de él, conocedor de sus necesidades, amante de sus costumbres y celoso defensor de sus vecinos contra la ciudad, ese negro fantasma, cuyas altas torres, a manera de brazos, amenazan desde el lejano horizonte a los pueblos de la campiña.

—¿Tomó eso la chica?—dice don Anselmo a una mujer que peina a otra en una solana.

—Vaya si tomó, y como mano de santo.

—Y tu marido, Colasa, ¿qué tal del dedo?

—Ya fué hoy a la cantera.

—Señor médico—le gritan desde un portal—venga usté acá y vea usté qué bulto tiene en el carrillo *Donisia*, la del Caminero, y no se lo quiere enseñar a usté.

—¿Y por qué no quiere enseñármelo?

—Porque no estamos igualaos entavía, dijo la del flemón.

—Pues ven acá que te iguale esos mofletes, contestó el médico; y diciendo y haciendo, le dió un lancetazo que la hizo poner el grito en el cielo.

—¿Qué me manda usté pa esta jaqueca?—le pregunta una vieja con dos parches negros en las sienes.

—Calma, dieta, oscuridad y silencio.

Así, a la manera patriarcal y apos-tólica que debieron ejercer la medicina Hipócrates y Galeno, iba don Anselmo con su bastón de encina y su gabán desabrochado por medio del arroyo, pregonando alegría y salud a su clientela.

Pero no todo era curar a la luz del sol. De vez en cuando se le veía entrar en alguna casa, hacer en ella larga estancia y salir luego dando órdenes a la familia del paciente. Al final de la calle torció por una callejuela, y sin llamar al portón, entró en una casucha oculta en el fondo de una tenada.

—¿Qué tal hoy?— preguntó a una vieja que hilaba en el portal.

—Algo mejor; pero con mucho desvelo.—No ha pegao la pestaña en toa la noche.

—Y ¿en qué piensa?

—Pus ya ve usted, en él. No se le quita del magín.

—Todos los pillos tienen suerte, dijo don Anselmo, entrando en una salita a la derecha del portal. En el fondo de ella, alumbrada por luz artificial, había una tarima cubierta con un berrendero, bajo el cual se hallaba la enferma.

—Dame esa mano, muchacha... ¿sabes que estás mejor?

—Pus no se conoce, porque ca vez tengo menos apetencia y me siento pior.

—Sí; peor de ánimo, porque no sé qué demonche de hechizos te dió el tunante del carrilano, que no hay quien te la haga oívidar.

—¿Y qué quíe usted que haga, sino pué menos de riscordárseme siempre?

—Estarte tranquila y acordarte de tu salud, que él, si es de ley, ya vendrá a pagar su deuda.

—¡Ay! señor médico, no la pagará; no habiendo querer, esas deudas son mu caras.

—Cara o barata, él pagará la suya —dijo don Anselmo golpeando el suelo con el báculo. ¿Para qué me sirven a mí los amigos de la ciudad, sino para traerme aquí a ese majo atado coodo con coodo?

—No es hacer de menos la mano que usted tiene en la ciuá, don Anselmo; pero él no pagará, aunque venga, porque no tié corazón.

—¿Ahí estamos, rojeta? ¡Vaya unos escrúpulos de monja! Pues como yo le vea casado contigo, verás luego qué poco me importa si tiene o no tiene corazón.

La moza dió un suspiro, y volviendo los ojos al médico, le dijo:

—¡Con qué le pagaré a usted tanto molesto y tanto cuido, don Anselmo! Este salió sin contestar, y ya en el portal, dijo a la mujer que hacía de enfermera:

—Mucho cuidado ¿he? Y a casa por todo lo que haga falta. Luego te enviará la señora médica los pañales que le pediste.

Y salió a la calle; y con su sombrero de alas anchas, su gabán pardo desabrochado a merced del viento y su báculo de encina, continuó don Anselmo su visita, verdaderamente pastoral.

Para iluminaciones artísticas

de ornamento por instalaciones eléctricas temporales de salones de baile, comedores para banquetes, bodas, bautizos, pompas religiosas y de cualquier local destinado a fiestas, sea un trabajo de grande o pequeña importancia, sírvase enviar sus respetables órdenes a la **Electric Ornamental Company, Limited**—Apartado N° 285 San José (exclusiva en su género) que enseguida le servirá a usted como desee, a los precios más económicos posible y evitándole toda molestia.

Ayer y hoy

El cuento de la buena pipa

La duración de la presente guerra es indefinida.—
(FULÁNEZ).

—Pues, señor...

Tiempos paradisiacos. El diablo le declara la guerra a Dios. Caín mata a su hermano Abel. Se utiliza por primera vez el burro como arma ofensiva. Debuta la serpiente.

Edad de piedra. Quiere decir que los trogloditas, por no tener a mano otra cosa, andan a pedradas, se chupan los tuétanos y se comen los hígados. Antropofagia.

Edad de los metales o de los primitivos metalúrgicos. Sociedad anónima. Se subdivide en tres edades. Edad de cobre, en que se bate el «ídem»; edad de bronce, con la gente del «ídem», y edad de hierro, «ídem, ídem, ídem».

Comenzamos a orientarnos con la llamada civilización oriental. Egipcios, hebreos, caldeos, asirios, chinos; mongoles, tártaros, indios y demás gente ordinaria se pasan la vida en bronca perpetua. (Bronca, del sánscrito $\square = \ddagger \square$, trifulca).

Jehová. Ojo por ojo y diente por diente. David y Goliat. Véase la Biblia, primera parte, traducida en verso bondoso y con sonrisa por el señor Carulla. Moisés, que ha de escribir en las tablas de la Ley el quinto mandamiento, y a cuyas manos murió el egipcio que maltrataba al hebreo. Hazañas de Gedeón, Juez de Israel, y más amigo de la justicia que de la gracia.

Ciro, Darío, Alejandro y otros barbianes de la Persia metiendo mano y quedándose solos. Semíramis, viuda de Nino, Nabucodonosor, los Faraones, todos sin música y convencidos de que la letra con sangre entra.

Epopeyas bélicas que immortalizan el «Ramayana» y el «Mohabarata» (a real el tomo en la feria de Buda).

Tiempos homéricos. ¡Arde Troya! Los dioses del Olimpo, Charranadas, porquerías, bestialidades. Todo dios anda de cabeza.

Grecia clásica. Atenas, Esparta, Tébas se hacen cisco. Guerras civiles o luchas intestinas o intestinales, que diría el señor Vázquez Mella. Aristóteles defiende la esclavitud y Sócrates perece «por haber ingerido» la cicuta.

Roma, Cartago. Guerras púnicas. Guerras médicas. Período eminentemente quirúrgico. Conquista de las Galias, arremetidas a Inglaterra. El verdadero kaiser. César (don Julio).

Era cristiana. Persecuciones, catacumbas, fieras, martirios, ovaciones y orejas.

Invasión de los bárbaros. Atila. (En teutón, Eitel).

Invasión de los árabes. Guerras feudales, guerras religiosas. Las cruzadas. La reconquista.

Guerras de Italia. Tercios de Flandes.

La Invencible.

Suecos y alemanes. Gustavo Adolfo y los dos Federicos.

Guerra de los treinta años.

Luis XIV. Guerra de sitios.

Guerra de sucesión.

Descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Portugal. Aljubarrota.

El 93. Libertad, igualdad, fraternidad y guillotina a todo pasto.

(Entre paréntesis. Kant, el padre de la filosofía moderna, aboga por la pena de muerte que el filántropo Beccaria combate sin éxito).

Guerras napoleónicas.

Aquí, en casa, guerra de la Independencia, primera guerra carlista. Africa (guerra, guerra, al infiel Ma-

rroquí!), segunda guerra carlista, guerra cantonal, segunda, tercera y cuarta guerra de Africa. Guerras coloniales.

Guerra francoprusiana del 70.

Guerras turcas, rusas, japonesas, chinas, griegas, americanas, balkánicas, del Transvaal, de la India...

1915. Conflagración, cataclismo, liquidación universal.

Así, ayer: así, hoy, ¿Y mañana?

Si Carducci viviese, podría repetir la última estrofa de su canto guerrero:

Oh, tra le mura che il fratricidio
cementó eterne, pace e vocabolo
mal certo. Dal sangue la Pace
solleva candida l'ali... ¿Quando?

José de Laserna

Madrid. Septbre 1915.

Para las damas

Paradojas

Pelucas o postizos verde esmeralda, rojo sanguíneo, azul celeste. Las señoras elegantes de París han hallado esta nueva forma de llamar la atención. Quizá la moda no prospere, pues todas las cosas tienen un límite, hasta la extravagancia, que es peligroso salvar. Pero la moda se inició y esto basta.

Habíamos creído que la mujer moderna, sin perder la vieja sensibilidad y su graciosa coquetería, quería simplificarse disputando al hombre el imperio de la reflexión. Creíamos que el feminismo, en sus exageraciones y sus ridiculeces, era sin embargo un síntoma de favorable evolución de la psicología femenina. Dime cómo viertes y te diré quién eres. La mujer moderna, especialmente en su indumentaria de calle, de paseo y de trabajo se nos presentaba más sencilla, más severa, más natural. El traje sastre, la blusa ligera, la discreta disminución de cintas, encajes y adornos, la ausencia de múltiples y aligerados colores, en una palabra, la sencillez y seriedad en el tocado, parecía demostrar en la mujer un instintivo deseo de reaccionar.

Ciertamente nos asombraban ya por sus sombreros, de una extravagancia, de un capricho singulares; pero bien pudiera ser la cabeza el último baluarte de su irreflexión.

¿Será irreductible esta última trin-

chera? Cuando las mujeres (¿quién habló del innato poder femenino?) empezaban a mostrarnos casi todo su cuerpo desnudo firmes en la idea de que la línea del cuerpo humano es lo más estético, lo más hermoso de la creación, nos salen hoy por el registro de que el cabello es feo. Unas se lo cortan, otras lo ocultan bajo enormes sombreros y otras intentan teñirlo o tapanlo con pelucas de vivo color.

Una cabellera rubia, madeja de oro, una cabellera castaño, tornasolada, todas esas cabelleras divinas que cantaron los poetas de cien generaciones y que constituían la red más poderosa y sutil en la pesca de amor, ya son cursis y ridículas. Sabed que el cabello de la mujer hermosa es feo y es indecente en su estado natural.

Los poetas deberán cantar en adelante endechas y tirabombos, en honor de las cabecitas de pájaros, roja cual la cresta de un gallo, verdes cual un lorito real, azules como las aves del paraíso; y deberán cantarlas en versos artificiosos cual las pelucas que los inspiran. ¡Adiós poesía!

¿Será que la poesía muere? Las señoras ocultan sus trenzas al poeta para entregarlas al peluquero, al artista capilar,

Hacen mal, pero estos artistas, cual los pintores de paredes, suelen ser muy malos.

III.

Anhelo

Por Manuel de Sandopal

Cuando el ansia de volar en mí se aviva
y conozco que es prisión del alma el cuerpo;
cuando gimo de impaciencia, me parece
ver la imagen y el trasunto de mi anhelo

en el ave que en la jaula forcejea,
destrozándose las alas en los hierros,
y a la altura se remonta con el canto
no pudiendo remontarse con el vuelo;

en la bruma, leve espíritu del agua,
que la engendra y la retiene al mismo tiempo,
y que arrastra sobre el haz de la laguna,
como náyade gentil, el blanco velo;

en la fuente no alumbra todavía,
que, llamando con su voz a los sedientos,
va horadando las entrañas de la roca,
en ariete sus espumas convirtiendo,

en el germen que, queriendo ser espiga,
resquebraja trabajosamente el suelo,
y en lágrima de incienso que resbala,
como lágrima, anhelando ser incienso;

en la inquieta mariposa—llama errante—
que ambiciona hacerse luz y se hace fuego,
y en la llama—mariposa prisionera—
que se agita con inútil aleteo.

*
* *

Con su anhelo, cuanto existe y cuanto alienta,
retratando mi afanar y mi tormento,
estimula la inquietud en que me agito
y da pábulo a la hoguera en que me quemó;

pues lo mismo se acrecientan y se inflaman
estas ansias porque vivo y porque muero
si postrado y abatido miro al mundo
que si loco e impaciente miro al cielo.



SRTA. ELENITA RODRIGUEZ VILLARREAL

Le dió la gentil Venus su gracia y su belleza,
pronta su mano al ruego, su labio a la oración;
pero aún más valioso que la real gentileza,
tiene el dulce prestigio de su delicadeza
y el culto sacrosanto de su buen corazón.

De Roxana a Carmen

DE SEGURO has de pensar que hoy, en vez de escribirte, estaré o debiera estar entregada a saborear con fruición las delicias que nosotras, pobrecillas inexpertas en las «cosas» de la vida, soñamos han de acontecer el día que nos casamos.

Muchas veces, casi siempre que acertábamos a reunirnos, te hablaba de él, de Luis, y siempre me reprendías por mi aturdimiento; te hablaba de nuestra unión, de lo que en ese día podría pasar. Con el candor en que a nuestra edad miramos estas cuestiones, todo lo pintaba con unos colores...; y sentía en ello un placer inefable.

Cuando en la primavera, para dar una tregua a esta vida que en las poblaciones es insoportable, papá me llevaba a una de sus posesiones, en mis últimos tiempos de soltera, siempre renacía en mí con más brío una idea desde tiempo acariciada. ¿Cómo sera el amor? En mi cabecita loca (así decías); esta idea se agitaba sin dar lugar a que otra la substituyera; y no podía por más que me torturaba encontrar una definición que me satisficiera; muchas veces me dolía la cabeza: llegué hasta impacientarme, y, también lloré; sí, era entonces muy torpe, ¡y cómo no había de serlo!...

Una tarde, apenas hace dos meses, Luis fué a visitarme; no se si por el tiempo que había estado sin verme, por mi estado de ánimo, o por mi impaciencia para definir el sentido de la idea que me torturaba, me pareció más apuesto; sus palabras resonaban en mis oídos, cual esa música formada por querubes, que allá en el cielo, según nos pintan los oradores sagrados desde el púlpito, jamás se interrumpe, entonando siempre himnos al Dios de nuestros amores.

Toda la tarde, arrobada, le estuve oyendo sin saber lo que oía, ¡era tan feliz entonces! Sus palabras resbala-

ban dulcemente hasta el corazón, haciéndome sentir un placer, que yo conceptuaba supremo. A la puesta del Sol bajamos al jardín; sobre un banco sentado, continuó exponiéndome sus proyectos, nuestros proyectos para el porvenir; como debía ser nuestra futura vida, y yo sin quererle interrumpir le dejaba hablar, bebía sus palabras.

Y en un momento, rebotando alegría, hube de preguntarle ¿y es así Luis el amor: así como me dices?

—No: el amor no es como te digo, Roxana de mi alma. El amor que por tí siento no hay palabras, es imposible que pueda haber palabras con qué expresarlo, las sensaciones que cerca de tí experimento, son más, mucho más intensas de cuanto pudiera decirte. ¿Ves? ¿No oyes? Mira, en el cielo los ángeles, esta tarde, al contemplar los ojos tuyos, en un raptó de locura divina, tejieron esos celajes que ves, queriendo los muy picarillos copiar tu alma como a las pupilas asoma, y no lo han conseguido. Extiende la vista y admira en todo su esplendor las bellezas incomparables de la naturaleza, y aún así, si las comparas con el amor, con este amor que por tí siento las has de encontrar detestables, porque es puro y santo...

Ahora creo que la felicidad de entonces, la felicidad que sentí aquella tarde, no me la hacía sentir sus palabras, emanaba del ambiente: porque la naturaleza en los días primaverales tiene unos caprichos muy raros.

El aura de los campos, impregnada del aroma que la tierra, los árboles y las yerbas, las plantas y las flores emanan, al envolvernos, cuando cerca de nosotros hay quien en nuestros oídos desliza conceptos nacidos del deseo, forman en nuestras cabecitas un mundo de quimeras que se agigantan, a medida que nuestra educación

de ese gran problema que llaman matrimonio es más deficiente; quimeras que al esfumarse nos dejan sumidas en un dolor que dura tanto como la vida.

Los poetas, los ilusos, y todos lo que a nosotras aspiran, nos han hablado, nos hablan de la naturaleza, de cosas irreales siempre: de la dulce armonía que en la naturaleza reina, relacionándolas con el amor: y nosotras, siempre predisuestas a aceptar todo lo irreal, hemos aceptado sus fantásticas concepciones, sin pensar, porque no estamos preparadas, en el daño que nos hacemos.

Nuestros amantes, nuestros novios, en los deliquios amorosos, recurren a figuras que, por entenderlas inocentes, recogemos con alegría, y esas figuras las cubren con el ropaje de la hipocresía, las expresan con palabras que los hombres nunca sienten, y que inventaron para engañarnos.

Hasta ayer creía que el amor era como Luis me había pintado: lleno de ternezas. ¡Pobre de mí!

Yo quería llegar a la realidad; experimentar las sensaciones que había presentido; sentir las emociones que en el campo había sentido aquella tarde; en que sentada con él en un banco del jardín, recostada mi cabeza sobre su hombro, a la misma vez que oía la música de sus palabras, interrumpida a breves intervalos por los besos que en mis ojos depositaba, admiraba el desconcierto sublime que, en una tarde de primavera, a la puesta del sol, en la naturaleza existe.

Quería gustar, reunir en un solo momento, cuando mi amore sancionado por leyes divinas y humanas pudiera entregarlo libremente, las concepciones de mi cabecita loca; sentir, envuelta por sus brazos la misma caricia que sentía cuando me encon-

traba por una suave brisa envuelta, que adivinaba a semejanza de las hojas de los árboles, cuando movidas por un suave vientecillo se entrelazan y blandamente se rozan, produciendo ese leve rumor que yo presentía a semejanza del rumor de sus besos; quería sentir en sus palabras al sentirme suya, libres ya de todo prejuicio, la dulce sensación que el ruiseñor en el nido ha de sentir, cuando su compañero, sin interrupción, pasa hora tras hora, lanzando dulces trinos y gorjeos, que más parecen alabanzas a Dios, que permite que sólo los pajarillos gocen las dichas sin cuento del amor puro...

Pero qué cosas te estoy diciendo. Abstraída unos momentos en no sé qué idea, había perdido el hilo de esta carta; la he leído y vuelto a leer, y me resulta insoportable, llena de incongruencias y las ideas sin terminar.

* * *

¡Qué horror! Mi hermanita Loló en el jardín, debajo de mi ventana precisamente, jugaba con un corderillo que desde el monte hace traer todos los días a uno de los pastores. No se de dónde se ha aparecido un lobo, ha llegado al grupo formado por mi hermanita y el cordero; en la primera ni se ha fijado, y en el segundo, después de lanzar un ahullido, con esa sed de sangre que siempre a estas fieras devora, sobre él se ha lanzado desgarrando sus carnicitas a la misma vez que desgarraba sus entrañas.

Toda la vida ha de estar repercutiendo con estruendo de aquellarme, el ahullido de esta bestia en el corazón de tu desgriada amiga.

Roxana d'Amié

San José, noviembre 1915.

Las oficinas de

PANDEMONIUM

se han trasladado a la 3ª Avenida Oeste (contiguo al doctor J. F. Rucavado).



Para el licenciado don Luis Castro Saborío

La preciosa odalisca, con extraña zalema
llama al negro ceñudo, al eunuco Tiseo,
y le muestra el encanto de su carne morena
y le ruega caricias con febril devaneo.

Son erectos los senos de la linda agarena
y en sus ojos endrinos hay vivaz centelleo.
Es su cuerpo flexible la irrupción de un poema
que escribiera con besos y con sangre el Deseo.

La inquietante odalisca, con espasmos de loca
se le cuelga del cuello y le besa en la boca
suplicando un halago que mitigue su ardor...

Y extendiendo los brazos con furor sarraceno,
fulgurantes los ojos, el eunuco insereno
se retuerce sobre ella con doliente furor!

Rogelio Sotela

La pesca milagrosa

«Luis de Villacampa y Pola de Llanera, B. L. M. a su distinguido amigo don F... de T... y tiene el honor de invitarle a una jira campestre a su posesión de Villacampa, el día 28 del corriente, y al mismo tiempo le reitera el testimonio de su consideración más distinguida...»

Esta invitación fué repartida entre lo más granado de la sociedad de X***, capital de la costa cantábrica, en los primeros días del mes de mayo del año de gracia de 19....

* * *

Luisito, como le llamaban los amigos, era tan corto de alcances, como largo de pierna. Sus cariñosos papás le habían dejado al abandonar este pícaro mundo, un pingüe patrimonio que él no malbarataba, todo lo contrario, procuraba por todos los medios lícitos aumentarlo. Porque, eso sí, a cosa que fuera contraria a las leyes y costumbres de un hidalgo, Luisito no se avenía. No tendría gran talento, ni ilustración vastísima; pero era bien educado, cumplidor como nadie de los deberes de la sociedad, llevaba con dignidad el rango a que con su fortuna y su nombre tenía derecho y... hablaba tres o cuatro idiomas.

Había viajado, y aún de vez en cuando hacía su viajecito al extranjero; pero su vida la hacía en X***

¿Por qué Luisito, no vivía en la corte o en París, teniendo una brillante posición social y pecuniaria?

—Pues, le diré—contestaba invariablemente Luisito, cuando alguien le hacía esa pregunta.—Porque allí salgo a la calle y nadie me saluda, me parece que vivo aislado en el mundo. En cambio aquí... Paso por la calle y ¡adiós Luisito! ¡Usted siga bien don Luis! ¡Vaya con dios el señor! ¡Beso a usted la mano, señor de Villacam-

pa! etc., etc., todos me conocen y todos me saludan.

Verdaderamente, no dejaba de tener filosofía, más o menos rural, su modo de pensar y ver las cosas.

Este buen amigo y señor de Villacampa, era poseedor de una figura esbelta, de porte señorial y elegante y de una preciosa finca de recreo, grande, con bosques, cotos de caza, jardines a la inglesa, surcados por riachuelos y magnífica mansión señorial, donde sus padres habían morado los últimos años de su vida y donde él, Luisito, pasaba grandes temporadas, dedicado a los deportes cinegético y piscatorio. Solterón, frisando en los nueve lustros, y sin ánimo al parecer de cargar con la cruz matrimonial, solía de vez en cuando celebrar algunas fiestecitas en Villacampa, que así se nombraba la posesión que en un tiempo, había sido señorío de donde los ascendientes de nuestro héroe tomaron el nombre. Este era a grandes rasgos don Luis de Villacampa y Pola de Llanera, señor de Villacampa, último vástago del frondoso y añejo árbol de los Villacampas y Polas de Llanera, emparentado con lo más noble de la región y de la corte.

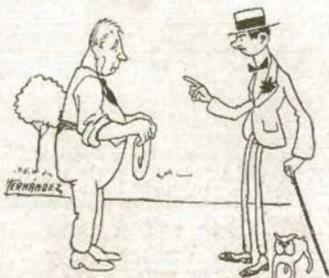
* * *

La jira campestre, objeto de la invitación, era para celebrar una *seca*. Dicen por allá *seca* a la pesca de cangrejos, cuando se verifica en un riachuelo y de la siguiente manera: pónese una tela metálica a guisa de compuerta en la parte baja del riachuelo, de modo que los crustáceos arrastrados por la corriente no puedan pasar. Cuando se calcula que hay bastantes detenidos, se cierra la parte alta con una represa de madera; el agua sale a través de la tela metálica y quedan los cangrejos dulcemente amontona-

dos en el lecho del río, y entonces, sin molestias de ningún género, se recogen, se les hace cambiar su color pardo por otro rojo cardenal, para lo cual no hay como cocerlos, y con arroz y otros ingredientes, se confecciona un succulento almuerzo.

* * *

Días antes del señalado para la excursión, Luisito llamó al mayordomo encargado de la finca para darle las órdenes oportunas, con objeto de recibir con todos los honores a los visitantes, de los que una buena parte pertenecía a lo que dieron en llamar sexo débil, sí, sí, ¡no esta mala debilidad! Posee una fuerza irresistible, la belleza...



El mayordomo García, era un buen hombre, con unas entendederas de bastante menos grado de nivel que las de su señor y dueño, honrado, tan cumplidor de sus deberes como el que más, y leal a carta cabal. Su padre había sido también mayordomo de la finca; lo mismo su abuelo y su bisabuelo. Era la herencia que los García dejaban a sus hijos desde tiempo inmemorial, la mayordomía de Villacampa. Su modo de proceder está compendiado en esta máxima: obedecer al señor y complacerle en todo, fuera lo que fuera y costara lo que costare.

—Pues bien, García, ya sabes todo lo que hay que preparar: solo falta que avises a los vecinos del señorío para que en estos días no pesquen cangrejos. Es necesario que la *seca*

sea una cosa estupenda, nunca vista. Quiero, lo entiendes bien, quiero que se cojan cangrejos por millares. Lo quiero, cueste lo que cueste.

—Está bien, señor, así será.

Y, el señor de Villacampa y Pola de Llanera, se quedó contentísimo, pues sabía que García, cumpliría con creces sus órdenes.

* * *

Llegó el día 28, día memorable en los anales de la casa de Villacampa. A las ocho de la mañana una veintena de automóviles, conduciendo a los invitados, salía de X*** con dirección a Villacampa.

¡Qué aspecto el del campo tan encantador!

La primavera se presentaba a la vista de los excursionistas con todo su esplendor. El verde césped, les ofrecía mullida alfombra, en la que podían recostar sus señoriales cuerpos. Los verderones piando, les proporcionaban alegre y matinal música...

Llegaron a la finca, y después de descansar un rato y admirar, una vez más, las curiosidades que la casa encerraba en sus salones, se dirigieron los invitados al lugar en que se verificaría la *seca*. No podía estar mejor elegido. Un *riachuelo murmurador* y bastante caudaloso, sombreado por copudos árboles y cruzado por un puente rústico, en el que tomaron sitio las reinas de la fiesta con Luisito en el centro.



García, el mayordomo, rodeado de los servidores de la casa, esperaba para bajar la compuerta, que su amo

diera la orden. Dada ésta por Luisito, dos mouteros hicieron la represa.

¡Momento solemne y silencio más solemne aún! A los pocos minutos un trecho del *arroyo murmurador* quedó en seco.

El silencio *solemne*, fué interrumpido por una carcajada general. Luisito se puso pálido, luego amarillo, después verde, y por fin *rojo* como los crustáceos que aparecían en el lecho del rfachuelo, de repente sintió que un sudor frío le inundaba, las piernas le flaquearon y hubiera dado con su

cuerpo en tierra, si no le recogen en sus cariñosos brazos las personas que le rodeaban.

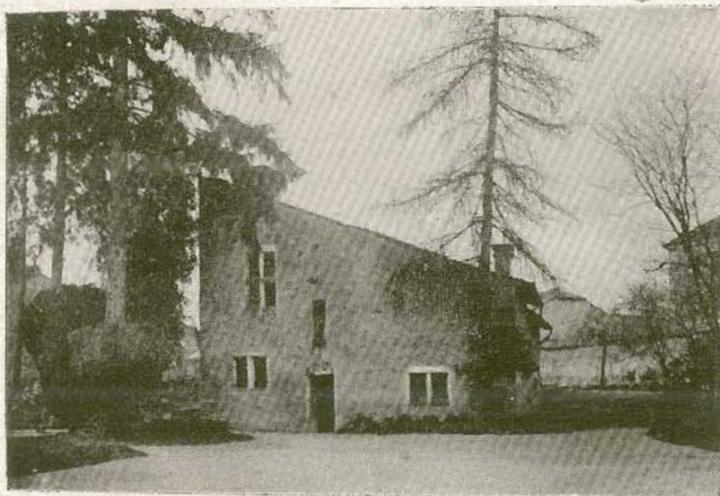
En el fondo del río, había dos millares de cangrejos licocidos!!

García el mayordomo, para que resultara mejor la fiesta había comprado todos los cangrejos que tenían en los mercados, hoteles y restaurantes de X***.

Ramón de Peón

San José, noviembre de 1915.

Mansiones Históricas



Casa de Juana de Arco, en Reims (Francia)

Elegía risueña

Cabellera rubia
De mi novia muerta
Para siempre...
Era
Como los triguales
En tiempo de siega
Aquel oro vivo
De su cabellera...

Ojos apagados
Por la noche eterna,
Me hacen falta como
Dos riquezas...

Manos cariñosas que a la sepultura
Se fueron cruzadas sobre una cruz negra;
Prometida mía
Mi pálida muerta!

Tú ya nada sabes de lo de este mundo;
Quizá no lo sepas,
Pero tu sepulcro lo sembré yo mismo
Con las más hermosas flores de tu huerta...

Cuando tú moriste,
Con mis propias manos preparé la tierra
Y con la alegría de los labradores,
Como una semilla de amor e inocencia
Te enterré yo mismo; y con la esperanza de los labradores
A la buena Virgen le llevé un puñado de la misma tierra.

Yo nunca estoy triste;
Yo nunca te lloro como otros lo hicieran;
Que el suspiro es aire
Y el dolor veleta
Que al tocarla el aire
Sobre el alma muestra
La marcha voluble
Que lleva la pena.

Yo todas las tardes
Emprendo el camino que lleva a tu huesa
Cantando como antes...
Cantando... ¿recuerdas?
Y allí dulcemente
Poniendo mi flauta pegada a la tierra
Le arranco alegrías que acaso comprendas...

.....

Después... en silencio me quedo escuchando...
Pero, novia mía, mi pálida muerta,
Qué sorda... qué muda
Se ha vuelto la tierra!

Manuel Briceño

Las dos Monjas

Sor Angela y Sor Inés eran las más amigas del convento, las que en las horas permitidas por las rígidas órdenes claustrales, paseaban en los solitarios rincones del callado jardín, cual si fueran dos enamorados que buscaran la soledad para decirse mil ternezas, lejos de las envidiosas o impertinentes miradas de la gente. Y casi así era. Sus almas nobles, llevadas por el destino, a aquel convento, habíanse entendido desde el primer instante.

Una había llegado allí, decepcionada de la vida, convencida de la perfidia e ingratitude de la humanidad «agotada por los huracanes de la vida», como dijo Dickens. Esta era Sor Angela, en cuyos ojos, de luces casi muertas, aun se vislumbraban los fulgores de otros tiempos. Sonreía siempre tristemente, y triste era el eterno rictus de sus labios, plegados de un modo sarcástico.

La otra, Sor Inés, si bien triste como toda monja dentro del convento, carecía de la tranquilidad que reflejaban los ojos de Sor Angela; y sus labios, lejos de contraerse como símbolos de dolor, conservaban la naturalidad y el encanto de la juventud. Era difícil por su fisonomía juzgar a Sor Inés: tan pronto resplandecía alegre, como se tornaba triste; dijérase que a ratos entreveía la posibilidad de salir de allí y ser feliz, y que en otros comprendía lo irrealizable de su sueño.

El amor había sido el culpable de aquellos dos destierros. Así se lo habían confiado varias veces las dos hermanas. Pero nunca el nombre de «él» se deslizó en sus labios, así como nunca pronunció la madre, el nombre del hijo que fué ingrato...

Sor Angela era la madre, la consejera, la que descubría a Sor Inés, en las conversaciones vespertinas, todos los escollos de la vida. Cuando ella

hablaba así, lloraba siempre la otra hermana. Secábale las dulces lágrimas—dulces porque aliviaban el pesar—y del brazo juntas, sin mover los labios, regresaban a sus celdas. Un beso era la despedida.

Sor Inés era la hija, la que necesitaba consuelos y consejos; la que no podía desprenderse del recuerdo, ni enviar al cielo sus plegarias sin que en medio de ellas fuese entrelazado algún sollozo. Había llegado hacía dos años. Sor Angela hacía cuatro.

Sor Angela soñaba con la muerte, deseaba sentir un beso frío, anunciador del paso a nueva y, probable, mejor vida. Conocía los frutos del mundo «profano», había paladeado sus hieles, y ya, amaba más el silencio y la tristeza del claustro, que la bulliosa alegría de fuera de él. Estaba en su camino.

Sor Inés temía a la muerte, y, ya medio curada del pesar que hasta el convento la condujo, soñaba con la vida lejos de él. No estaba aún para el Señor. Había equivocado la vereda.

Por eso no podía comprender cómo Sor Angela amaba el convento, y aguardaba pacientemente en él, la llegada de la que hiere, sin excepción, lo mismo al viejo que al joven, al grande que al pequeño, al rico que al pobre. No; Sor Angela debía estar algo mal de entendimiento. ¿Cómo era posible que no suspirara por la vida que inútilmente llamaba a las puertas del claustro? ¿Cómo no envidiar a la muchedumbre que constantemente pasaba cantando debajo de las ventanas cuyos hierros eran las cadenas que a ellas aprisionaban?... ¡Pobre Sor Angela, cuánto habrá sufrido hasta llegar a ese estado de ánimo! ¡Pobre Sor Angela!

* * *

Hermana decía una tarde Sor An-

gela a Sor Inés, Dios es justo; aplica el correctivo que corresponde a nuestras faltas; nos envía el dolor porque mediante él aprendemos lo que sin él no podríamos conocer. El dolor es efecto que nos hace buscar y poner remedio a sus causas. No culpéis a Dios de vuestras desdichas, que acaso no lo sean más que aparentemente... Confía en El, que es misericordioso...

Pero Sor Inés, aunque callaba, interiormente no podía dar la razón a Sor Angela. Eso sí, algunas veces enviaba o desaba poder meditar como ella, sentir la placidez de la vida sin necesitar del mundo, y esperar tranquilamente, sin temor, el día que por ella doblasen las campanas en la capilla.

Y así seguía; sosteniendo en su interior una lucha de dos seres: uno que suspiraba por el claustro y otro que soñaba fuera de él.

* * *

Un día—cosas de sus años—ocurriósele a Sor Inés, averiguar cómo se llamaba aquel hombre que tantas penas ocasionó a Sor Angela; aquel por quien sentía ahora—según decía—únicamente compasión. Y para lograrlo, creyó buen medio, decirle el nombre del que había sido causante de la decisión que estaba deplorando.

* * *

Por la tarde, en el acostumbrado paseito, mientras las demás hermanas

charlaban con voz de rezo, Sor Inés habló una vez más, a Sor Angela, de sus amores. Al referirlos asomaron lágrimas a las pupilas de las dos: una al recuerdo de los suyos, muertos por el tiempo; otra a la memoria de los que aún vivían en el santuario del corazón.

Quiero, dijo Sor Inés, decirlos silenciosamente, el nombre de él; acaso así aliviaré algo más, mis penas. Y nerviosamente, casi sollozando, como dándole un beso, deslizó al oído de la hermana, dos palabras...

«Fueron ellas los causantes o no? ¡Quién sabe! Al oírlas, más pálida que de costumbre, retrocedió Sor Angela; y se hubiera desplomado a no encontrar prontos los brazos de Sor Inés.

Fué el último paseo de las dos hermanas. Sor Angela estuvo 11 días postrada en cama, casi sin hablar, y en los primeros albores del duodécimo, quedaron satisfechos sus deseos de redención: voló su alma a las regiones propias de ella.

Sor Inés logró la libertad y hasta feliz llegó a ser. Pero siempre torturó su imaginación una pregunta:

«Sería también él quien mató a Sor Angela?

Y mentalmente creía ver el bondadoso rostro de la hermana, sonriendo tristemente, y queriendo mover los labios para decir que sí...

J. A. Prada

8 noviembre 1915

Cantares

En la fosa del olvido
un cariño yo enterré.
La azada del desengaño
le echó tierra y descansé.

Claveles dicen cariño,
rosas dicen ilusión.
Y yo ¿sabes lo que digo?
Pucs que te quedes con Dios.

J. G. S.

En Marruecos

Los cafés morunos

Una de las muchas cosas que por estas tierras hay, dignas de admiración y de estudio psicológico, son sin duda ninguna, los cafés morunos.

Estos, por lo general son pequeñitos y ocultos, no teniendo ni mesas ni sillas, ni absolutamente nada que indique ser café; comparado con los establecimientos análogos españoles.

bolsillos—sus largas pipas donde fuman «kife».

El café en estos establecimientos lo sirven de manera rarísima.

En vasos de cristal de regular tamaño, echan cierta medida de azúcar y otras de café molido, e inmediatamente agua hirviendo. De esta forma, sin colar, mezclados, agua, café y



Establecidos en habitaciones de reducidas dimensiones, escondidos a los rayos del Sol y a la vista del público, con el suelo cubierto por una estera pintarrajeada con signos simbólicos, forman a la cabeza, de las pequeñas industrias africanas.

Encima de la estera se sientan los parroquianos, formando todos corro.

Estos, lo primero que hacen y naturalmente antes de que les sirvan el café o thé, es sacar de la cartera de cuero, que al costado llevan—pues no usan

azúcar se lo sirven al consumidor sin platillo ni cucharilla.

Los moros, durante el tiempo de tertulia cafeteril—valga la frase—cantan todos a unísono, sus canciones monótonas y tristes, siempre iguales, sin variaciones, acompañadas generalmente por una especie de flauta, que ellos llaman en castellano «píto».

Es corrientísimo, casi general, que en estos establecimientos se les vea— a los moros—descalzos, pues como es sabido usan babuchas y al llegar a un

lugar donde han de estar sentados algún tiempo, se despojan de esa prenda que les sería molesto tener puesta.

El café lo toman sumamente despacio, sorbo a sorbo, tardando hasta un par de horas en apurarlo, echándole gran cantidad de azúcar y muy cargado.

También en estos establecimientos se sirve thé, el que tiene gran aceptación y mucho consumo. Este lo hacen en igual forma que nosotros, añadiéndole unos ramitos de hierbabuena, que le da grato sabor y olor.

El precio por servicio es de diez céntimos. Hassaní o español no admitiéndose propinas, pues el dueño o camarero alterna con la tertulia de parroquianos como si fuese uno de éstos.

Existe entre los moros, cuando están en el café gran cordialidad, pues nunca se les ve separados sino como antes digo, todos en corro y en una misma reunión.

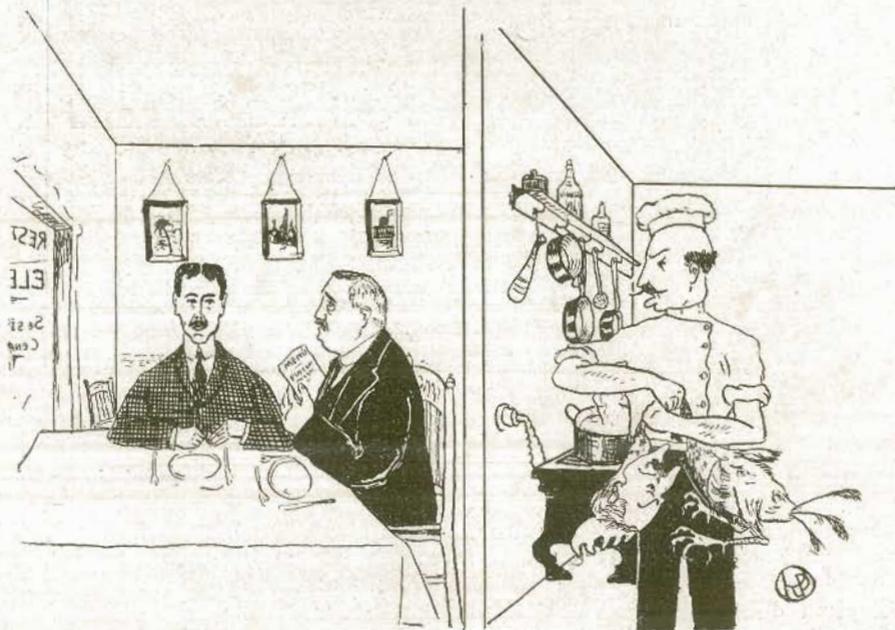
Son, pues, estos establecimientos, una nota clarísima del carácter y vivir de estos hijos de Mahoma.

Hay también lo que podríamos llamar cafés concert morunos, pero la descripción de estos centros, de recreo lo haré en otra ocasión, pues merecen aun más, que los que me vengo, ocupando emborronar unas cuartillas.

Manuel Torres

Tánger, octubre 1905.

RESTAURANT ELECTORAL



«PLATO DEL DÍA: GALLO EN PEPITORIA»

Los parroquianos en la mesa:—Trae el plato del día.

Ricardo...:—Va enseguida. No le quedan más que *tres plumas*.



SRTA. MERCEDES VALLADARES

La señorita Mercedes Valladares, con cuyo retrato engalanamos esta página, es una distinguidísima profesora de Instrucción Primaria, de la hermana República de Honduras, que une a su belleza un talento nada común y una vastísima ilustración, que ha hecho que, en los pocos meses que lleva dedicada a la enseñanza, ocupe un puesto en la primera línea del elemento intelectual hondureño.

Es casi seguro que venga a Costa Rica, con el objeto de visitar nuestros planteles de enseñanza; pues tiene el propósito de hacer un estudio detalladísimo de nuestro sistema pedagógico.

La señorita Valladares es una buena aficionada a la literatura, y prometemos dar a conocer en PANDEMÓNIUM, alguna de sus publicaciones, que no dudamos serán del agrado de nuestros lectores.



De la Guerra Europea

Al entrar en prensa el material para este número de PANDEMÓNIUM, recibimos del «Comité Católico de Propaganda Francesa», varios libros y folletos, en los que con un lujo asombroso de detalles tratan de cuestiones que han aterrorizado al mundo.

Entre ellos resaltan los titulados «Bélgica Mártir», «Las Atrocidades Alemanas», «Les Crímenes Alemanes», «Rectitude et Perversion du Seus National», «L'Armée du Crimen», «Les Procédés de Guerre des Allemands en Belgique», etc.

La falta material de tiempo, nos impide hacer un estudio de las cuestiones que en dichos libros se tratan y que prometemos efectuar en los números próximos, sin perder de vista el carácter de esta revista y ciñéndonos en un todo al espíritu imparcial que siempre nos ha guiado.

Nuestros lectores han de encontrar datos, hasta ahora desconocidos aquí, por los que han de poder formar un juicio exacto de cuestiones tan interesantes, como dignas de meditación y estudio.

Para su nombre

¡Renée...! Así la dicen; la dicen así: Renée!

Todos así la dicen, y es así como la digo yo.

¿Verdad que es bueno ese nombre como el nombre de María?

¡No debiera proferirlo boca que hubiere masticado el negro pan de una impureza!

¡Antes de pronunciarlo, comulgue el labio tras el recogimiento oracional, con la blanca hostia de Dios, que es así de puro su nombre!

Esa es la diaria comunión que pongo yo en mi labio en las sacras misas de mis templos interiores.

Su nombre es todo para mí: amable sugestión para mis pláticas, gota de miel en mis amargos cálices; voz en mi silencio; llamado en mi perpetua soledad.

Grave nota de armónium que se amortigua entre la paz de la capilla; rumor fugitivo de la noche; girón de trova que colgara en su balcón no se sabe qué ignota voz.

Es el susurro de un pasar de brisa que ha tejido un plañido en el rosal ante la alegría de la tarde, hecha tinte en el crepúsculo; quietud en la fontana; calma en el azul, silencio en el bosque a la hora postrimera.

Ella misma derramó sobre su frente el agua bautismal de ese nombre. Ella misma ha debido aprenderlo cuando, con su blanda manecita, rozó la seda de un traje o la seda de su tez. ¡Oh, sí! Lo oyó y lo aprendió en la voz de alguna seda.

Pronunciarlo es suplicar. Tiene las inflexiones de un ruego enamorado, y el tono suspenso de una interrogación llena de esperanza.

Por eso yo lo callo... ¿Verdad, corazón mío? ¿Yo acaso he rogado a su cariño? ¿Dime cuándo interrogando lo esperé?...

¡Oh, maldito, infidente corazón! ¡Lo confieso ya que me acusa mi secreto! Yo rezo su nombre a cada hora; es mi única oración. Yo lo pongo como título sobre cada puro pensamiento y cada buena acción.

Tiene, para mi labio, prestigios sedantes de caricia y de ablución; lo unge y borra de él la huella candente que allí dejaran las blasfemias proferidas desde que huyó de mi pecho, sin retorno, el ave dolorida de mi fe.

Hay, hasta el presente momento de esta incierta vida mía, tres cosas que no serán herencia para el olvido: el A B C de mi cartilla que de niño aprendí sobre las débiles rodillas de mi maestra, viejecita y maternal; la lección de catecismo que el buen cura enseñó a mi pereza e inconstancia de escolar... y ese nombre, su nombre, el nombre de Ella, corta lección que hallé, años más tarde, en el folio azul de una ilusión, oscuro y roto ya.

¡Pobre ilusión que recogió la sombra! ¡Pobre ilusión que se plegó por siempre como el ala de un pájaro aterido allí, bajo la recia ventisca! ¡Ilusión extinta tras la bruna y remota lejanía de las pupilas de Ella, siempre ante las mías como signos de mi mal o presagios de la noche a donde rodará mi corazón!

Todo lejos, muy lejos de mí se alejará; mas su nombre siempre ha de estar marcando la tristeza de mi labio y el dolor de mi tristeza, resignada.

.....
.....

Oye, mujer que estás tan lejos estando frente a mí: por tí yo fui tan triste. Pero, ¿sabes? Por tanta tristeza

me he tornado filósofo a mi modo, y esa filosofía me ha enseñado que es la Tristeza la obrerita pensativa del ensueño que llevó a la mente a vivir horas azules. Tú eres creación emergida, como un loto, del fondo sueño-liento de este lago de tristeza mío, y

por esto te contemplo desde el mundo yermo de mi desesperanza!

Si quieres tú llegar allí...

Pierre de Vignaud

San José, 9 de julio de 1915.

Desde la Torre del Recuerdo

Porque lamentarse los desdenes de una mujer querida, es, quizás una nueva forma de adornarla.

J. Barbey d'Aurevilly

En la eglógica paz de esta mañana
melancólica y dulce de Jiménez,
añoro mi locura, tus desdenes,
y tus ojos de Paz y de Nirvana.

Y vestida de sombra, entre la vana
suntuosidad de mis recuerdos vienes,
con esa gracia lánguida que tienes
para herir a traición el alma humana...

Yo te miro pasar por la avenida
otoñal y doliente de mi vida,
alba de rosas y joyeles raros.

En tanto, se prepara a consagrarte
la excelsitud melódica de mi arte
sobre las nieves rígidas de Pharos.

Medardo Angel Silva

Guayaquil, octubre 1915.

Miscelánea

EL TRÁNSITO DEL CALOR AL FRÍO.
—El doctor Charcot, que, como es sabido, ha hecho varios viajes al polo Norte, efectuó numerosas observaciones cuyo resultado experimental se muestra contrario a la general preven-

descensos de temperatura. Parece que la causa de los enfriamientos y pulmonías es la interferencia de corrientes frías en un ambiente caldeado, pero no en el tránsito completo de una temperatura más alta a otra más baja,



Un Tribunal en China

ción que achaca los resfriados y las pulmonías a los bruscos cambios de temperatura. El doctor Charcot y sus compañeros salían frecuentemente de un aposento de 20° de temperatura para pasar al aire libre, donde el termómetro señalaba -38°, y sin embargo no sufrieron la más leve indisposición. Afirma Charcot que el calor almacenado en el organismo tiene una acción benéfica que persiste durante largo tiempo y lo resguarda contra los

por diferencia de grados que haya entre ambas.

AGUA PURA EN LOS CAMPAMENTOS.
—Los progresos de la ciencia permiten hoy asegurar el agua pura en los campamentos militares. Uno de los mejores filtros es el basado en la propiedad del permanganato de potasa, de oxidar las materias orgánicas, y por lo tanto, los bacilos patógenos. Sin embargo, el permanganato de po-

tasa no puede emplearse prácticamente cuando se trata de enormes aglomeraciones militares y así es que se usa en soluciones contenidas en tubitos de estaño de que se provee a los soldados. Basta poner diez gotas en un litro de agua para que resulte completamente potable, aunque con un ligero sabor acre que es fácil disimular añadiendo un poco de vino o café. Se han efectuado pruebas en el agua del Sena, que contiene 75.000 calorías orgánicas por centímetro cúbico, y, sin embargo, quedó pura después de tratada con dicha solución.

FABRICACIÓN ECONÓMICA DE VASOS DE VIDRIO.— Cuando se rompe una botella, parece que no ha de servir para nada, y, sin embargo, es posible sacar de ella un vaso bastante original y sobre todo muy barato. Para ello, se coloca el casco de botella encima de una mesa bien nivelada y se llena de aceite hasta la altura que se quiera dar al vaso. Luego, se enrojece al fuego una barrita de hierro o acero, que se toma con pinzas para no quemarse los dedos y se introduce bruscamente en el aceite. Al cabo de un rato, por efecto de la enorme diferencia de temperatura entre la parte de la botella no sumergida y la que contiene el aceite, quedará el vidrio cortado anularmente en la misma línea del líquido, formando un vaso cuyos bordes se afinan con esmeril o con una lima, teniendo la precaución de que, tanto el vaso como la lima y las manos del operador, han de estar dentro del agua, para amortiguar las vibraciones del vidrio e impedir la rotura. También pueden disponerse las cosas de modo que resulte, por la opuesta unión de dos de estos vasos, un tosco reloj de arena. Al efecto, se cierra con una membrana de pergamino la parte libre de la circunferencia de cada vaso y se adhieren uno a otra por medio de cemento. Después se agujerean los polos de ambos conos con una lima redonda y se enlazan por medio de un canutillo que deja pasar la arena.

La moda



Elegantísimo traje de paseo para señorita. El sombrero, muy original y de gran aceptación entre las elegantes, hace juego con la falda. La sombrilla ha de ser del mismo color que los apliques del cuerpo del vestido.



Artistas del Teatro Real de Siam

Ecuador

El último Mensaje Especial del General Leonidas Plaza Gutiérrez al Congreso Nacional ecuatoriano

Por una casualidad ha caído en nuestras manos el Mensaje especial que el Presidente de la República del Ecuador, General don Leonidas Plaza G., envía al Congreso Nacional ecuatoriano de 1915; y desde luego hemos de confesar que nos ha sorprendido sobremedura el hecho de que un hombre como Plaza, - de quien se creía que sólo para las lides militares había nacido— sea un profundo conocedor de cosas que sólo los juristas de alto vuelo son capaces de sacar a relucir para ponerlas sobre el tapete de la discusión.

Efectivamente, en este su Mensaje de gran aliento—que demuestra claramente hasta qué altura llegan las capacidades intelectuales del actual Presidente del Ecuador—el General Plaza, con lujo de documentación, propone al Poder Legislativo de su

país varias reformas a la Constitución y el implantamiento del sistema parlamentario en aquella República, digna, por mil títulos, de entrar ya en un período de paz que la haga marchar con paso firme por el sendero del progreso, después de haber derramado tanta sangre, en los campos, por implantar los principios liberales; y todas esas reformas, decimos, los propone el General con una fuerza de lógica tan formidable, con un estilo tan vigoroso a la vez tan claro y transparente, que desde los primeros instantes empleados en la lectura del Mensaje en referencia hemos comprendido que el autor de él indiscutiblemente es en la actualidad uno de los cerebros mejor preparados en la América Latina para la discusión de esta clase de problemas transcendentales.

Nos proponemos reproducir, en nuestro próximo número, algunos párrafos del Mensaje susodicho a fin de que nuestros lectores comprendan que efectivamente se trata de una alta mentalidad latino-americana.

Los negocios del juego

Monte Carlos Modernos

Los gigantescos beneficios, diez o quince millones de francos anuales, que obtienen los propietarios de las salas de juego de Monte Carlo han impulsado a muchos especuladores de diversas nacionalidades a emplear grandes sumas en el establecimiento de casinos semejantes.

El principal obstáculo de este negocio es que casi todas las naciones tienen leyes que prohíben el juego y por lo tanto es punto menos que imposible encontrar sitio para montar el casino.

Hace años los mismos propietarios de los casinos de Homburg, Spa y Namur, que habían sido cerrados, abrieron otro en Moresnet, lindo pueblecito de la frontera de Bélgica y Alemania. Primeramente Moresnet dependía de Bélgica y Prusia, pero como ni una ni otra se oponía al juego, en 1913, se abrió el club con el título de *Cercle Privé des Etranger de Calamine*.

En una semana reunió seiscientos socios y unos cuantos aspirantes a ingreso. Las casas del pueblo que venían rentando cuatro o cinco pesetas semanales subieron a veinte duros en menos de siete días.

La ruleta y el bacarat estaban en su apogeo y ya llevaban camino de convertirse en realidades los sueños de oro de los propietarios, cuando el gobierno belga se dió cuenta de la situación y promulgó una ley contra el juego, por efecto de la cual tuvieron que cerrarse el casino de Moresnet y el de Ostende.

Esta última población sufrió tan rudo golpe con la prohibición que las autoridades amenazaron con la dimisión antes que resignarse a hacer frente a los gastos municipales sin los ingresos del casino.

Por la misma época en que Bélgica prohibía el juego, se hacían dos tentativas aisladas para fundar nuevos Monte Carlos en las Islas Jónicas.

Un sindicato constituido con el gigantesco capital de cuarenta millones de pesetas, ofreció a la isla de Corfú una renta de setenta mil duros por la autorización para jugar, comprometiéndose además la sociedad a gastar cuarenta millones de pesetas en edificios y establecer un servicio de vapores.

A las autoridades de Corfú les dejó encantadas el proyecto y ya estaba todo dispuesto cuando intervino el gobierno griego y desbarató los planes de los especuladores.

En 1901 el sindicato belga hizo una proposición más sorprendente todavía a la isla de Samos. A cambio de la autorización para jugar ofrecía pagar una importante cantidad como entrada y luego seguir pagando todos los años una renta que al principio sería de cuarenta mil duros anuales y que se iría aumentando hasta doscientos cuarenta mil. El sindicato construiría carreteras y líneas férreas en toda la isla, acabaría de construir los muelles del puerto, fundaría bancos, escuelas, un teatro, un circo y un hermoso parque, sostendría un hospital y establecería una línea de magníficos vapores entre Constantinopla y Atenas. El municipio aceptó la oferta por veintidós votos contra quince, pero se vió que la mayoría de los isleños eran refractarios a convertir su isla en una vasta casa de juego, y por último, la Puer-ta negó el consentimiento.

Ahora se piensa establecer un pequeño Monte Carlo en dos de las pequeñas islas que se alzan en el lago Maggiere cuyas orillas pertenecen por una parte a Suiza y por otra a Italia.

Las islas de las cuales la mayor sólo mide medio kilómetro escaso de largo, se convertirá, según el proyecto, en un gran casino con un gran teatro y un hotel de primera clase, en cuya edificación se gastará cuatro millones de pesetas. Sólo falta saber cómo aco-

gerán el plan los gobiernos de Italia y Suiza.

También se dice que al Gobierno de Portugal le ofrecieron el 25 % de los beneficios que se obtuviesen en un casino que quería establecer cierto sindicato en la isla de Madera.

La sociedad humana

"No me interesa"

«¿Y a mí qué me importa?» Esta expresión la oímos a cada paso. Para muchas personas el corazón y el interés no van más allá de la verja de su jardín; para algunas, no pasan de las fronteras de la patria el amor y la justicia; y, en fin, para otras el amor a la humanidad debe terminar donde una raza de diferente color tiene su principio. Si la conversación cae sobre este asunto, no faltan quienes protestan con indignación, y muestran su estupor de que haya gentes que crean de su deber interesarse como quiera que sea, por los hombres que habitan regiones lejanas. ¿Qué nos importa a nosotros de ellos? ¿Acaso les debemos algo?

Estos hombre, de corazón tan raquítico, me producen el efecto de personas que no saben leer ni de cuentas; es verdad que saben leer los periódicos, pero de ninguna manera el gran libro de la vida. Casi todos los objetos que usamos, así como también los alimentos con que nos nutrimos, traen rastros del trabajo de hombres que no son de nuestra patria, y ni aún, con frecuencia, de nuestro mismo color. Tomad un atlas, y con él en las manos, haced un viaje de exploración en vuestra casa, y ya veréis, que indagando el origen de cuanto encontráis, no tendréis más remedio que transportaros a todas las regiones del globo, y convenceros de que no hay pueblo que no haya contribuido en alguna manera, a proveeros de lo necesario

para la vida. Y el que sepa elevarse a la consideración de las fatigas y penas que cada uno de esos objetos ha costado a hombres de todo el mundo, y a las vidas y dolores humanos que encierra uno solo de esos productos de la industria moderna, se convencerá de qué no son sino confines artificiales las rejas del jardín, las afueras de la ciudad, y las fronteras de la nación, porque todos ellos los han saltado hombres de todos los países, y han contribuido a la construcción de nuestras casas, han cultivado nuestros jardines y fabricado nuestros útiles, y en fin, han hilado, tejido y cosido nuestros vestidos, y cogido con el lazo y la red, cebado, cultivado, recolectado, transformado y hasta transportado a través de los mares, cuanto nos sirve de alimento.

Tomad, pongo por caso, un fósforo de madera, y pensad en las personas y pueblos que contribuyen para su fabricación. De los bosques y pinos, cortando majestuosos troncos, se saca la madera; de ciertos árboles que se crían en abrasadoras regiones, se extrae la goma con que se humedece la cabeza; las minas de azufre proveen éste, que se une al fósforo para hacer inflamable la cabeza, y en fin, los químicos mantienen cuidadosamente el fósforo bajo llave, en sus laboratorios.

forster

(Continuará)